

HOMENAJE DEL DEPARTAMENTO DE CUNDINAMARCA

En desarrollo de la ordenanza de la Asamblea que publicamos en el número pasado, el doctor Miguel Aguilera, director de instrucción pública, organizó una peregrinación de las escuelas departamentales a la tumba de don Ricardo Carrasquilla, donde colocaron una hermosa lápida.

El doctor Pomponio Guzmán pronunció en esta ceremonia el discurso que a continuación publicamos:

Discurso del doctor P. Guzmán

«Señoras y señores:

Este recinto de la paz, que guarda convertidos en polvo los despojos materiales de muchas generaciones, confundidos con la tierra, es lugar propicio a la meditación y al recogimiento y bríndanos saludables enseñanzas.

El triunfo de la virtud aparece aquí patente a los ojos de los hombres. Ved cómo es incontable el número de los que duermen el último sueño como lo es el de aquellos que, habiendo sido en la vida los señores de la riqueza y de la opulencia, dominadores del mundo, pero que no engastaron el alma en la virtud, yacen en el sepulcro cubiertos con la loza fría del olvido, sin que de ellos quede otra señal de su paso por la tierra que el corto número de signos con que se forma un nombre o un número.

Las obras buenas, la inteligencia consagrada al bien, la virtud, como el espíritu que les dió vida, trascienden de una a otra generación, llevando el recuerdo de quien se hizo digno de una memoria póstuma. Entonces la

fama va creciendo al compás que el tiempo se dilata y, cuando los míseros despojos se han confundido con la tierra, los talentos y los buenos hechos consagran su personalidad en inmortal memoria.

Muchos son los llamados y pocos los escogidos, enseña la divina palabra. Esta advertencia podéis comprobarla aquí en el santuario de la muerte. Son incontables los que fueron llamados y muy pocos los que han sido escogidos. Entre éstos se levanta, al cabo de ocho lustros, la figura egregia de Ricardo Carrasquilla, tanto más egregia hoy cuanto más humilde fue en la vida, tanto más eximia ahora cuanto más oscura y sencilla parecía su persona.

En un día como éste del siglo XIX, allá en una apartada región del Chocó, donde prosperaba la ciudad de Quibdó, nació Ricardo Carrasquilla. No trajo al mundo sino el buen ejemplo que le dejaran sus padres, el abuelo ilustre de sus antepasados, de los cuales también heredó carácter noble, acendrado patriotismo, piedad consumada e indomables energías. Con estos arreos de incomparable valor espiritual hace sus primeras armas en la adolescencia y se prepara a librar más tarde las grandes batallas de la vida, haciéndose con tales disciplinas dechado de fortaleza, ejemplar de patriota, espejo de las más puras virtudes, y así se ofrece hoy a la veneración de los colombianos y se destaca su memoria como modelo para las nuevas generaciones.

De este modo, al cabo de un siglo de haber llegado a la tierra, de ocho lustros de habernos dado su último adiós, el hombre benemérito a quien hoy rendimos este homenaje de respeto y de admiración, es en este día objeto de la mayor veneración y despierta su recuerdo el más puro afecto entre sus conciudadanos.

Y qué mucho que ahora, al cabo de los años que borran la memoria de los defectos de los hombres, se hagan estas manifestaciones en honor del insigne varón, si cuando apenas era tiempo de remover sus restos se congregó aquí en este mismo sitio, años há. un distinguido concurso, tan selecto como el que ahora llena los ámbitos del camposanto, para trasladar los preciados despojos a este sarcófago que el amor y la gratitud de sus discípulos erigieron para que cubriera el sepulcro del maestro amado?

Entonces, como ahora, tocóle el honor de alzar la voz en el cementerio, a un humilde colegial del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, para cumplir sagrado deber, rindiendo tributo de gratitud a la memoria del varón ilustre que encaminó los pasos de aquel de cuyos labios recibía y recibe sabias lecciones y consejos, que ha dado a su corazón ejemplos de virtud, decoro y sana doctrina y a su vida fuerza para seguir la senda del honor y de la rectitud. Por aquella época representaba el joven colegial al instituto de Cristóbal de Torres, y ahora, cuando la nieve empieza a coronar su frente, tiene el honor de hablar en nombre del Departamento de Cundinamarca, cuyos dignos mandatarios le han confiado tan grato encargo, en el momento de grabar en letras inmortales al pie de este mismo monumento el más puro homenaje que pueda tributarse a la memoria de un hombre. El único que es blanco como la nieve, puro como la inocencia, bello como los lirios del campo. Es el homenaje que los niños rinden al maestro preclaro, al preceptor de sus abuelos, al que fue padre de los pequeñuelos abandonados y consuelo de los niños afligidos, al progenitor del insigne sacerdote que es hoy una de las más puras glorias de Colombia, tan noble y tan santo como su padre,

y mantenedor de las excelsas tradiciones del Colegio que fundó el señor de Torres.

Permitidme que evoque las ideas y las palabras que en aquella para mí memorable ocasión consagré a la glorificación del venerado maestro, del varón apostólico.

La losa del sepulcro cubre las cenizas del hombre virtuoso, pero no es parte a romper el vínculo que une a su memoria la gratitud de los vivos, ni a nublar los recuerdos de su paso por el mundo, recuerdos que adquieren mayor valía cuando, como en el presente caso, corresponden al hombre que supo depositar en las almas de los jóvenes la semilla del bien, haciéndolas fructificar con actos de virtud y que contribuyó con fe y perseverancia a restaurar los principios sociales que parecían anegarse en la corriente de ideas utilitarias de la época.

¡Qué retribución más satisfactoria encuentran los servicios generosos de don Ricardo Carrasquilla que la del agradecimiento sincero y profundo que le ofrecen varias generaciones disciplinadas por él para el bien, y que a su vez van levantando familias que se distinguen por el honor y por apreciables condiciones y en quienes ya es tradicional la alabanza del hombre ante cuya tumba hemos venido a tributar este recuerdo!

La piedad y el amor a la patria, resortes que mueven a las nobles almas, fueron puestos en práctica por él para guiar las acciones de su vida y conducir a los jóvenes por el camino de la sabiduría. Y estos dos sentimientos realzados por el amor a las letras y a la ciencia, y sustentados por singular vocación para la dirección de la juventud, comunicaron la mayor energía a sus enseñanzas, grabándolas con ideleble sello en los entendimientos y en el corazón de sus discípulos. Todo lo avasallaron en aquella alma fuerte tan grandes condicio-

nes, y por eso la vemos destacarse enaltecida entre las figuras de nuestra patria.

Vedlo, llevado por el primero de aquellos sentimientos, fundar con un grupo de caballeros, presididos por uno que más adelante entró en la insigne Compañía de Jesús, la sociedad de San Vicente de Paúl, que ha realizado en nuestra patria prodigios de caridad; vedlo adelantarse, armado de punta en blanco, a reñir las buenas lides en favor del sacrificio y la abnegación, en pugna con el materialismo y el principio de utilidad; vedlo, esforzado paladín, penetrar en los campos de la falacia sectaria y, con el acero agudísimo de su ingenio, desconcertar la enemiga hueste, volviendo contra ella las propias armas del sofisma que ella esgrime.

Por lo que hace al amor de la patria, los blasones de buen ciudadano que heredó de su padre no se vieron jamás mancillados; antes bien, los realzó en su pecho con el lema de «libertad en la justicia», a que sirvió con entero ánimo, explicando la lección en la cátedra, levantando su elocuente voz en la tribuna, ensalzando en estrofas poéticas las hazañas de nuestros héroes, señalando como meta de las empresas patrióticas de nuestra guerra de emancipación política el implantamiento de una república sobre el fundamento excelso de principios justicieros y explicando en elocuentes períodos el sacrificio de Ricaurte y de Girardot, de Francisco José de Caldas y de Camilo Torres. Con qué delicadeza y ternura amó don Ricardo Carrasquilla las glorias de la patria! Cómo se exaltaba en ardientes votos por su ventura! Cuánta era su indignación cuando la veía, si quiera fuese transitoriamente humillada, empobrecida o supeditada por el triunfo de bastardas rebeldías, o dominada por leyes que menguaban los derechos naturales, que socavaran los sentimientos de la familia y de la sociedad cristiana y que contrariaran el pensamiento

y los fines de los fundadores de nuestra nacionalidad, deteniendo el paso a los progresos de la civilización.

Pero una de las más exquisitas muestras de acendrado amor a la patria se cifra en aquel esmero, en aquella sollicitud con que hubo de doctrinar en él a sus hijos, y así quiso que el primogénito, al abrir los ojos a la luz de la razón, aprendiera a conocer las glorias de los soldados de Colombia, las hazañas de aquella grandiosa epopeya, en cantos magníficos que componía para sus enseñanzas.

De este modo, las bellas letras sirvieron en él para comunicar vigor a la expresión de los dos sentimientos de que he hablado, no menos que para suavizar los ánimos con lección poética, apacible, amena, festiva, que reflejaba la alegría cristiana que reina siempre en su ánimo y mostraba la tranquilidad de su conciencia.

Reguemos de flores la losa funeraria que cierra este túmulo, dedicado por la gratitud de discípulos y amigos al apóstol de los niños, al varón augusto a quien Colombia rendirá siempre tributo de alabanza, seguimos las palabras de las sagradas letras: «Laudemus virum gloriosum in generatione sua», y mantengamos al calor de nuestro afecto, las virtudes que él supo enseñar con su palabra y con su ejemplo.

En la tarde de ese mismo día tuvo lugar una bella fiesta en el salón del Cinerama en la que tomaron parte los niños y niñas de algunas escuelas y distinguidas damas de nuestra sociedad.

